

## Zambrano y Ortega. Notas

JOSÉ IGNACIO EGUIZABAL\*

1.– El temprano y tópico: «*Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo*», resultó un horizonte permanente en el quehacer del filósofo. A partir de 1933 se autoimpuso el silencio, algo no fácilmente comprensible en el hombre que había definido la tarea del intelectual como: «*el esfuerzo continuo por pensar la verdad y una vez pensada decirla, sea como sea, aunque le despedacen*».<sup>1</sup>

Parece claro que Ortega no comprendió la guerra civil. Pero en 1946, alentado seguramente por rumores «fundamentados» creyó posible la transición de la dictadura a un régimen constitucional. Y volvió a salvar su circunstancia que entonces y siempre fue la de España. Poco le duraron las expectativas, astilladas frente a la mole dictatorial.

Habría que releer las depresiones de Ortega, ese trágico final. Más que un grado cero de la acción, un hueco negro en la vida. ¡Qué poca justicia se le ha hecho a Ortega! Seguramente resultó premonitorio el texto de 1927: «*El hombre de pensamiento no puede, no debe aspirar a otra forma de heroísmo que el martirio*».<sup>2</sup>

2.– Por los síntomas los conoceréis. Es curioso y esclarecedor que Zambrano no quisiera, en vida, reeditar *Horizonte del Liberalismo*. Pensaba con enorme coherencia que *Persona y Democracia* superaba con creces aquel libro tan temprano. Embelesada con el maestro, resulta *Horizonte del Liberalismo* un librito jovial impensable en una gnóstica como Zambrano.

Ya había advertido Ortega que la Ilustración era, sobre todo, ingenua. Que avanzamos hoy y mañana ya hemos resbalado. Que andamos siempre a un paso del cataclismo. Ya no tenemos memoria de la Segunda Guerra Mundial. ¿Nada o intenta nadar Ortega en el mar embravecido de la historia donde se ahoga Zambrano?

La actitud zambraniana ante la historia mantiene firme nuestra sensibilidad ante el horror. Ese horror que acabamos no queriendo ver. Pero esa sana repugnancia ante la historia, exasperación de un neoplatonismo que ve la vida como una paulatina degradación, no nos

---

Fecha de recepción: 2 marzo 2007. Fecha de aceptación: 10 julio 2007.

\* Dirección: Urbanización Virgen del Mar, nº 8.- 39110 Soto de la Marina. Cantabria.

- 1 J. Ortega y Gasset, *Mirabeau o el político, Contreras o el aventurero, Vives o el intelectual*. Edición de Paulino Garagorri. Madrid, Revista de Occidente / Alianza, 1986, p. 34. El referido título es una composición de P. Garagorri, que se corresponde con escritos, independientes entre sí, de Ortega y Gasset: *Mirabeau o el político* (O. C., t. III), *Vives* (t. V), *Contreras* (t. VI), Madrid, Alianza / Revista de Occidente, Madrid 1983.
- 2 *Ibidem*.

exime del compromiso radical con nuestro tiempo, con nuestra circunstancia. Algo que quizá Zambrano, una vez acabada la guerra civil, desatendió.

3.– Después de tanta filosofía de la sospecha, tanto estructuralismo y tanto pensamiento débil, no se recuerda que Nietzsche mostró que la vida quiere eternidad. En *Zaratustra* desciende a lo elemental (más que a lo profundo), el placer y el dolor, para cantarlo. Y para garantizar esa eternidad propone como se sabe, el pensamiento abisal del eterno retorno. Tal vez la imagen misma de la pesadilla como puntualizaba Zambrano. Hubiera debido, el paseante solitario, sumergirse de nuevo en lo dionisiaco, recuperar *El nacimiento de la Tragedia* y quizá ni el eterno retorno ni el superhombre hubieran nublado su sentir. Lo necesario no es más hombre sino un manifestarse de lo divino en el éxtasis que el dionisismo podría acoger. Esos dioses que Malwida von Meysenburg deseaba que volviesen al filósofo cuando éste redactaba el *Zaratustra*, no volvieron del todo.

Sorprende que Ortega tan nietzscheano desde su juventud, rebajase tanto al autor del *Zaratustra* que solo le quedara esa jovialidad, ese *da capo* que a la postre se acaba conformando con la limitación de la vida. Una vida sometida al concepto y sin otro respiro que la circunstancia. ¿Razón Vital? Ortega paga tributo a la conciencia y a la filosofía, al *rigoroso* concepto...y no hay eternidad.

Una vida limitada al tiempo sucesivo no es la Vida que ansía el corazón. Una vida solo humana no ofrece otro precipitado que la muerte. Y el *da capo* de Ortega sólo le da el tono jovial a la circunstancia. Para el filósofo lo dionisiaco no será, a fin de cuentas, otra cosa que la borrachera.

La conciencia para Zambrano no tiene la última palabra...ni menos aún la primera. Además del tiempo sucesivo es necesario el instante. La eternidad está al alcance del corazón, en el fondo, en el abismo del ser. El Amor-Vida que renace y que no es asfixiado por el bloqueo de la conciencia, del yo.

4.– No tiene nada de sorprendente que Zambrano saliera llorando del despacho de Ortega en 1934 cuando la alumna le mostraba –expectante– *Hacia un saber sobre el alma*.

Ella creía estar haciendo razón vital...y la vida acaba y empieza para el maestro en la circunstancia. «*Todavía aquí y Ud. ya está allí*», vino a precisarle D. José.

5.– Ortega y Zambrano... después de todo, cuesta pensar en un discipulado más difícil. Es realmente un discipulado imposible. Ortega y Zambrano: lo profano y lo sagrado. Una vida –la del maestro– tan solo humana pero humana en los límites estrictos de la humanidad moderna. No el humanismo de Pico sino un humanismo que despoja al hombre de su interioridad, que reduce el alma a psicología, que no reconoce otro amor que el amor humano. Ese humanismo implica inmanencia mientras que para Zambrano: «*El hombre es el ser que padece su propia trascendencia*».

6.– No es extraño que Zambrano considerase a Nietzsche un místico incompleto. Demasiado extraviado por el eterno retorno, el superhombre y la voluntad de poder no se detuvo en el ser mismo del hombre. Abierto enaltecedor y con justicia, del cuerpo, desatendió el alma, desatendió el ser.

Le quedó después de todo, la Vida y la Eternidad. Para Ortega el Nietzsche de *El nacimiento de la Tragedia* es puramente romántico y esto trae como consecuencia que para la razón vital permanecen al mismo fondo la borrachera, el orgasmo y la danza orgiástica. (*Vitalidad, alma, espíritu*). La imagen del filósofo en los carnavales de Munich en 1954 no deja de mostrar un cierto patetismo. Una conmiseración similar a la que él debió mostrar para con las danzas tribales.

Sí, habla Ortega del alma, entre la vitalidad y el espíritu...y femenina. El alma sólo descansa en el amor: «*El alma enamorada realiza la mágica empresa de transferir a otra su centro de gravedad, y esto, sin dejar de ser alma.*»<sup>3</sup>

Zambrano tiene otra experiencia del amor. Persigue la unión de vida y conocimiento, de ser y vida. Quiere la Vida entera. Y esto, de lo que no se puede hablar, es lo que la razón poética consigue algunas veces. Por eso es tan difícil la paráfrasis sobre Zambrano en sus textos mayores. Solo admite la cita: «*El haber respirado tan solo en una soledad privilegiada a orillas de la fuente de la vida. Un instante de experiencia precisa de la preexistencia del amor: del amor que nos concierne y que nos mira, que mira hacia nosotros.*»<sup>4</sup>

El camino es, pues, la mística. Lo que hacía sonreír al maestro por su vaciedad, por su nulo aporte al conocimiento...esas monjitas. Pero, ¿quién se conforma solo con conocer?: «*Todo ello no conduce a la pregunta clásica que abre el filosofar (...) no una pregunta sino un clamor despertado por aquello invisible que pasa solo rozando, ¿Adonde te escondiste?...*»<sup>5</sup>

7.- Ortega proyectaba para su razón histórica «*un tragarse la realidad sin ascos*». Cuando examina los orígenes de la filosofía, expulsa sin contemplaciones a jonios y pitagóricos. Tal vez los milesios le parecieran demasiado «poéticos» todavía, demasiado ahormados en la mitología como señaló Cornford.

Pero, ¿y los pitagóricos? Se comprende también. Demasiado oscuros, demasiado místicos. Uno de los escritos más formidables de Zambrano, *La condenación aristotélica del pitagorismo*, habría que leerlo no sólo contra Aristóteles sino también contra Ortega que deliberadamente los ignoró. Un signo más de esa discreción que al menos en sus escritos, guardó siempre Zambrano para sus relaciones con el maestro.

El pitagorismo enlaza, de una parte, con el chamanismo y las técnicas antiguas del éxtasis y, por otra, con los viajes del alma que la mística de todos los tiempos ha practicado.

Ortega da vueltas una y otra vez en sus textos a las casas de sudor, al frenesí, a la embriaguez...que nunca acaban siendo otra cosa que apelativos distantes de pueblos primitivos o simple visita dominical a la taberna. Y no espera nada del alma salvo el amor humano. No es extraño que en este punto fuera donde enseguida se marcaron las diferencias de Zambrano con el maestro.

El pitagorismo, además, es sobre todo la música y es también el silencio. Lugares de la mística, no hay que decirlo. *La música callada, la soledad sonora*. Y lugares del bosque

3 *Vitalidad, alma, espíritu*, (O. C., t. II), Madrid, Alianza, 1983, pág. 470.

4 *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1977, pág. 21.

5 Op. cit., pág. 17.

también en Zambrano: «*Del claro se traen algunas palabras (...) y de ella sale, desde su silencioso palpitar, la música inspirada, por la cual la reconocemos (...) la música inicial de lo indecible (...) ¿Aún la música los contrarios, o está alentando antes de que los haya?, ¿O es su cumplimiento una pura acción de devolvernos en ese su instante al origen del tiempo?*».<sup>6</sup>

El pitagorismo obliga a la remitologización de la experiencia. El amor en Zambrano como propio de la experiencia mística no se deja recoger en un concepto, tampoco el alma. Ni la Vida. Por eso vuelve a la filosofía que en Occidente mantuvo el aliento extático: el neoplatonismo.

8.– Frente al *rigoroso* concepto de Ortega no cabe otro tipo de conocimiento; parece natural, por tanto, que concibiese la mitología como un estadio anterior, imaginativo. Y se comprende también que entendiera a Parménides y Heráclito, sus primeros filósofos como enfrentados al orfismo y al dionisismo. De la sinrazón a la razón, del mito al conocimiento, del frenesí a la filosofía.

Reconoce, sin embargo, a Platón un fondo insondable de misterio que, sin duda, hubo de venirle de ese *mithos* más digerido a veces que abandonado y utilizado. Platón moraliza mucho con la mitología, enseña con su cayado. También Protágoras debió hacerlo por lo que sabemos.

En Ortega, un gran escritor y también un gran orador, la mitología no puede caer más bajo. Un consumirse en pura Ilustración, un simple artificio retórico: «*Cuando hablando en público, advierto que este se muestra remiso, frío, insensible, acudo al gran Deus ex machina de la mitología y, abriendo el chiquero, lanzo al galope mis potros centauros. Es muy difícil que un público, ante la mítica galopada de esos seres profundamente enigmáticos y bellos que miran exaltados con ojos humanos y hacen resonar la tierra calcándola con sus cascos equinos, no sienta en la médula un estremecimiento.*»<sup>7</sup> La apoteosis de la retórica. El utillaje del orador. Cenizas de lo originario. Cartón.

Llamar razón poética a la escritura más perfecta de Zambrano, singularmente *Claros del Bosque*, puede que no sea sino otro modo de señalar que su escritura retorna a unos estratos más originarios de la experiencia que no toleran ser dichos más que volviendo a un cierto *mithos* para fundir en esa escritura, experiencia y conocimiento. Si la escritura de Zambrano es narrativa lo es en el sentido más profundo: como *mithos*.

Frente a la depuración de la experiencia que impone la conciencia, frente a la purificación del conocimiento de la filosofía en general que lo quiere radicalmente intersubjetivo, la vuelta a los estratos abandonados del ser del hombre y de la vida obliga a recurrir a lo poético. Pero no como retórica o como literatura sino como el único medio de decir lo que de otro modo no puede ser dicho. Como conocimiento.

*La Aurora, Diótima de Mantinea, El espejo de Atenea, Claros del Bosque, Nina*: Zambrano ha creado una unidad superior en que *mithos* y *logos* dejan de presentarse como

6 Op. cit., pág. 85.

7 *La idea de principio en Leibniz*, Madrid, Alianza, 1979, pág. 318.

alternativa. Por eso Nina se transfigura en agua que es ya un elemento anterior al concepto, que es una manifestación de la Vida, la Vida misma.

9.– Es seguro que Zambrano se sintió en su primera andadura, discípula de Ortega. Los dos tratan de la vida. Ortega es absoluto, radical, cuando señala la tarea de la filosofía: «*Afrontar los problemas últimos con el instrumentos de los conceptos*». La tarea de la filosofía orteguiana es desmesurada y en su proyecto yacía incubada su propia limitación. El concepto no puede ser la Vida.

¿Y la historia? La historia se mide con el tiempo en su aparecer múltiple: del Cronos devorador al medio necesario para la realización de la vida. Pero, ¿le basta al hombre la historia? La inocencia de la Ilustración, de esos ilustrados rigurosos como Turgot nos resulta de una ingenuidad sorprendente. Ortega lo sabía bien. Solo Hegel se entregó totalmente a la historia transformada en el devenir necesario del Espíritu. Un Espíritu que es perfectamente conocible y tratable, aunque sea cuando ya haya pasado. Un vuelo que se describe con la pericia del maestro de cetrería. Un delirio de la Razón.

Y el marxismo. Y con él, toda la revolución del siglo XX. Pedestre revolución. Para Marx saldremos de la prehistoria de la explotación para alcanzar la historia, esa historia acerada y fría de las relaciones económicas de producción –otro vuelo, mucho mas peligroso. El hombre satisfecho en la fábrica de todos. Pedestre revolución...y tan terrible. Y tan torpe. Zambrano ya lo denunció en *Horizonte del Liberalismo*: es el racionalismo que quiere apoderarse de la Vida. Funestas consecuencias.

Para Hegel –el engorde máximo del pretendido saber racional– la historia termina y se consume en la maduración inmanente del Espíritu. Para Marx comienza al término de la explotación, en esa fábrica. En Ortega la historia es el ser del hombre, la ecuación entre el yo y la circunstancia. Ortega mira al simio y se distingue. Pero no es posible ir más allá de la circunstancia ni más adentro del yo. En el ensimismamiento está la soledad, el yo incommunicable. El yo último. Zambrano trasciende esos límites.

10.– La razón orteguiana histórica o vital se querrá razón y buscará conceptos que resulten fieles a la vida. Tarea inútil. No reconociendo otra experiencia que el hacer, que el quehacer en mi vida y el hacer lo que hay que hacer y no otra cosa, la filosofía de Ortega se incapacita para asumir nada que no sea la superficie de la vida. De la vida humana. Por eso «*la vida eterna humana sería insoportable*». Cierto. Es la crítica de fondo de Zambrano al eterno retorno. Por eso también para Ortega «*la inmortalidad es sobrehumana*».

Los límites de la filosofía de Ortega son los límites del humanismo clásico. Del hombre limitado a la razón. Pero la experiencia tolerada entonces, somete al hombre al ayuno obligado de lo divino. Supone la esfumación definitiva de lo sagrado como fondo vital y de su mismo trasfondo vital, del sentir originario, en terminología de Zambrano. Una filosofía que haga justicia realmente a la vida ha de reconocer las limitaciones del concepto y de la razón y viajar más adentro en el ser del hombre y en su vida.

Así, la escritura de Zambrano deviene un viaje órfico al fondo mismo de la vida y al fondo del alma, una Eurídice que quiere ser reconocida. Un viaje que desencadena al alma para que pueda, realmente, volar: «*El que, despierta con ella, con esta su alma (...) ser y*

*vida unidamente se orientan hacia allí donde el alma las lleva. Renace. (...) Y cuando ella sale dejándole en abandono, conoce, si no se espanta, algo, algo de la vocación extática del alma. Ese vuelo al que ningún análisis científico puede dar alcance.»<sup>8</sup>*

---

<sup>8</sup> Op. cit., pág. 32.